

donaba sin dificultad, la idea del vigor varonil, tan deseado en el crecimiento del niño, y se inclinaba á contemplarlo bajo la forma femenil.

Elena había agotado ya todas las modas, y su imaginación se había cansado inventando trajecitos fantásticos para Chucho, hasta que un día le ocurrió vestirlo de muger.

Chucho se exhibió vestido de china.

Estaba encantadora, según Elena; y como Chucho era objeto de repetidos agasajos en traje de hembra, se aficionaba á esta transformación que halagaba su vanidad de niño bonito y mimado.

Esta metamórfosis, y estos mimos, y más de que hablaremos despues, iban preparándole á Chucho para más tarde el adecuado y no muy envidiable nombre de Chucho el Ninfo.



## CAPÍTULO II.

En el cual comienza la descripción de las luces, maitines, función y procesión de la virgen de la Merced.

EL 16 de Setiembre del año de 1840, á eso de las siete de la noche, las calles de la Merced ostentaban mayor número de faroles en sus balcones y puertas, no precisamente porque en aquel día se celebrase el trigésimo aniversario de nuestra independencia, sino porque en ese mismo día había comenzado el novenario de Nuestra Señora de la Merced, y este acontecimiento solía entonces conmo-

ver más á los fieles que todas las glorias de la patria.

Hacía dos meses que en el viejo convento de la Merced se notaba un movimiento desusado: los frailes habían celebrado ya varios capítulos y se habían puesto en comunicación activa con los hermanos de una archicofradía y con varios vecinos ricos y devotos.

Entre estos, ocupa un lugar preferente el Sr. D. Pedro María\*\*\* que durante veintinueve años no recordaba haber faltado un solo domingo á la misa de once, ni á ninguna de las fiestas titulares.

Era Don Pedro María un hombre hecho y derecho, empleado en Palacio, y reputado como uno de los fieles devotos, de arregladas costumbres é intachable conducta. Tenía entrada franca al claústro, y franca amistad con todos los frailes, desde el padre

maestro hasta el perrero, desde el organista hasta el campanero.

Don Pedro tenía un carácter afable, y aire de jovialidad y de franqueza, que es por lo geual el indicio de una conciencia pura.

—Padre procurador, le decía á un frailazo que aparecía en el átrio del templo; es necesario que no escondas los tomines, porque la función de este año ha de ser la mejor que se haya visto.

—Como que se estrenan ornamentos, señor don Pedro.

—Ya visité á las señoras que los están bordando.

—¡Fué usted á la casa!

—¿Te admiras?

—No, sino que nada me han dicho.

—¡Ah, bribonazo!.....

—Señor don Pedro, no sea usted temerario.

Don Pedro se rió con la mayor naturalidad, y el fraile se mordió los labios.

—Usted tan chancista como siempre, dijo el fraile procurador cuando don Pedro acabó de reirse.

Efectivamente, don Pedro tenía fama de chancista, y todos los padres le toleraban sus bromas en gracia de su habilidad y talento, y porque don Pedro los conocía á todos como á sus manos.

No cesaba el trajin de los sacristanes de número y supernumerarios, quienes del día á la noche desempolvaban, lavaban, y aderezaban santos, altares, atriles, ornamentos y estandartes, y removían la palizada de las bodegas y revolvían aquella casa de Dios de arriba á abajo.

El padre procurador tenía un quehacer extraordinario con los colecto-

res, hermanos limosneros, sacristanes, mendicantes, y fieles donantes fervorosos de motu proprio; todos causantes de una de las contribuciones más hábilmente establecidas, y que gobierno civil ó ministro de hacienda alguno, no ha podido plantear ni con la reforma.

—¿Estás solo en el convento, padre procurador?

—Sí, señor don Pedro María.

—¿Y los padres?

—Vea usted, señor; el padre Catarino, el padre Martínez y el padre José María, mi primo, andan con alcancía colectando en los mercados: el padre secretario y el padre doctor andan también colectando en las casas, con las bandejas de plata; el padre Jorje está ahora en la casa de uno de los abogados del convento, porque según he oído decir, es necesario embargar á más de quince inquilinos pobres, por-

que falta mucho para completar lo de la cera, y todavía no hay ni para los fuegos artificiales.

—¡Ah! sería una lástima, dijo don Pedro María; ¡qué escándalo sería para el vecindario, que nos quedáramos sin castillos! no lo permita Dios, padre procurador; que embarguen, que embarguen á esos inquilinos, que además de ser morosos son malos católicos.

—Vea usted, señor don Pedro María, eso está muy enredado, porque andan con que si las niñas del 18 son menores; y con que las otras de la casa chica, son medio parientas del padre secretario, y que te fué y que te vino, y que si contra las mugeres no puede la ley, y ya sabe usted, señor don Pedro María, que no faltan chismes, y que á la hora de pagar salen los empeños, y ya sabe usted..... como las casas se dán..... así, por empeño de

los mismos padres..... luego salimos. ...

—Pues no hay más que justicia seca, padre procurador.

—Esa fué mi opinión en el Capítulo, porque, figúrese usted; el padre procurador es todo: se trata de la función y ¡ave María purísima! no tengo cabeza; padre procurador por aquí y padre procurador por allá; y el padre procurador que pague las reposiciones y los salarios, y los sastres y la cera y la música, y el banquete.

—¡Ah, ah! exclamó D. Pedro María al recordar el banquete; y lamiéndose los labios, agregó: cuidado, padre procurador, con no poner en la mesa aquellos chiles rellenos en nogada, que le costaron un miserere al padre Cayetano.

—Y los bobos rellenos, señor don Pedro María, y sobre todo aquel vino español, que lo puso á usted tan alegre.

—Sí, sí; el vinito, el vinito.

—Nos hará usted otros versos, por de contado.

—Ya no hago versos, ya sabes, padre procurador, que yo soy prosaico.

—Nada de eso, nada de eso; ¿y los sonetos del año pasado?

—Son de mis hijos, mis hijos poetizan; como están estudiando.

—¿Y que tal?

—Pablito, es el que mas le sopla la musa.

—Oiga!

—Sí, padre, le *intelige, le intelige*.

—Pues que Dios y María Santísima de la Merced, se los conserve á usted por muchos años.

—Asi sea; pero ¡diablo! ya van á dar las once y sale la misa, hasta luego, padre procurador.

—Hasta luego, señor don Pedro María; vaya usted en hora buena.

El padre procurador continuó ocupándose con asiduidad en sus complicadas atenciones, pues se trataba de aumentar las entradas en aquellos días críticos, y durante los cuales la función titular era el gran negocio, que ocupaba exclusivamente la atención del padre Provincial, de la comunidad, de los dependientes, sacristanes, acólitos y limosneros y de la mayor parte de los veinte mil vecinos que rodean el convento.

Se han hecho los nombramientos de celebrantes, predicadores, diáconos, ayudantes y monaguillos, se han provisto las plazas supernumerarias de campaneros y sacristanes; se ha acordado dar un espléndido banquete dentro del convento en honra y gloria de la santa patrona; se han reformado, recosido y relujado los ornamentos; se está limpiando la plata, y se hacen im-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1425 MONTERREY N. L.

portantes reparaciones en santos, blandones y muebles, y todo esto durante quince días, con el acompañamiento de una *réfa* ó *sol* largo como un zumbido de oídos y penetrante como una punzada.

Estas notas largas las está dando el órgano todo el día, porque lo están afinando y esta es obra más larga de lo que parece.

Ha habido una junta de blancos mercedarios y negros coheteros, para dilucidar detenidamente la importante cuestión de fuegos artificiales, á los que contribuyen especialmente los panaderos, vendidos y empeñados, y que en un arranque de fervor religioso se han empeñado por otros seis meses más, por tal de que los fuegos estén buenos.

La limosna cotidiana colectada á las puertas del templo, ha aumentado

un setecientos por ciento con solo cambiar el tema; el limosnero hace un mes que está pidiendo para la cera de la función titular por intención de los que dán su limosna, en lugar de pedir por la redención de cautivos por amor de Dios.

Los fieles que han dado todo el año para redimir cautivos, sin saber de qué cautivos se trata, dán ahora con más razón, porque saben de qué cohetes y de qué cera les hablan.

Los limosneros ambulantes armados de alcancías y de charolas, recorren todo el barrio con mucha escrupulosidad porqué no haya quien se ofenda ni tache á los limosneros de parcialidad y preferencias odiosas; de manera que van de puerta en puerta, de casa en casa, de puesto en puesto y de vecino en vecino, haciendo la colecta, á cuya idea, idea inocentemente retozo-

na, sonrie la buñolera, la portera, el pulquero, el fondista, el cacahuatero y toda la numerosa falange de tratantes en pequeño, con la firme creencia de que el rehusar el óbolo á la iglesia, les acarrearía la desgracia en sus especulaciones, por pecadores indignos de la protección del cielo.

Acaban de entrar dos mercedarios en una casa baja, de pobre apariencia.

Matiana les salió al encuentro.

Matiana es una muger gorda, aseada y de cierto aplomo, que ha marchitado su juventud al calor de las hornillas y entre los gases de la cocina.

Matiana es una magnífica cocinera.

—Buenos días, Matiana, dijeron los frailes.

—Buenos se los de Dios á sus paternidades, padrecitos.

Á la palabra padrecitos aparecieron dos muchachas, las hijas de Matiana.

Eran las tales, dos apiñonadas, de ojos negros como el ala del cuervo, de largas trenzas, flexibles de cintura, vivarachas y listas, zandungueras, y capaces de de ciruna claridad al más pintado.

La hijas de Matiana, lo primero que hicieron fué besarle la mano á los padrecitos.

Despues, fueron á traer cada una su limosna.

Vicenta, que era la más lista, dijo á uno de los frailes, contando un puñado de monedas de cobre y de plata.

—Vamos, padre, aquí está, esto, pero con una condición.

—¿Cuál? preguntó el fraile.

—Que la Virgen me conceda vender mejor que hace un año.

—¿No vendiste bien tus buñuelos?

—Siempre me sobró masa y tuve que hacer *humildes*, y no se acuerda su pá-

ternidad que le envíe un platito?... Con que porque me vaya bien; dijo, y arrojó en la bandeja del convento su puñado de monedas.

—Dios te conceda venderlo todo, aunque no me mandes *humildes*, hijita.

—Muchas gracias, padre.

La hermana de Vicenta y Matiana dieron su limosna, cuando ya una nube de muchachos rodeaba á los padres.

Estos chicos se disputan el honor de besar la mano á los padres, pero estos les presentaban el hábito blanco, y los muchachos se conformaban con la lana en vez de la carne, que siempre era algo.

Matiana tenía, además, un hijo que hacía zapatos.

Se llamaba Antonio. Por lo general empezaba á trabajar el juéves de cada semana, el viérnes era un modelo de

actividad, el sábado velaba y echaba los pulmones por la boca, el domingo recibía el producto de su trabajo y se vestía de limpio, el lunes se emborrachaba y lo gastaba todo, el martes dormía la mona, el miércoles volvía á buscar trabajo, y el juéves empezaba á trabajar.

Este es el modelo de algunos miles de artesanos en México.

Su vida está invariablemente sujeta á ese programa, solo interrumpido por una que otra semana que mudan temperamento en la cárcel.

Pero en honra y gloria del culto religioso externo, debemos decir que Antonio se desconocía á sí mismo en Setiembre.

En Setiembre trabajaba Antonio toda la semana, y en acercándose los días del novenario de la Virgen de la Merced, el zapatero velaba todas las noches.



Durante todo el año estaban satisfechas todas sus necesidades, incluso la necesidad extraordinaria, la de embriagarse; pero en Setiembre Antonio tenía que cubrir atenciones de otro género.

Obraba entónces al impulso de un móvil poderoso.

Su fé religiosa.

Dar limosna al convento era para Antonio una necesidad imperiosa, una costumbre arraigada, y un medio empleado de buena fé para salir bien en lances apurados.

Cuando Antonio, ébrio, armaba un escándalo y se libraba, merced á sus piernas, de las garras de la policía, reflexionaba después muy sériamente en que aquella chiripa era la intercepción de María Santísima de la Merced, su santa patrona, quién se manifestaba agradecida á las limosnas de Antonio en todos los mometos críticos.

Estas limosnas eran, pues, para Antonio una cómoda transacción con sus vicios, pues lejos de pensar alguna vez en no emborracharse, lo cual hubiera sido más conveniente para él y más agradable á la santa patrona, revalidaba anualmente su suscripción de *seguros* contra todo género de percances.

Antonio podía, durante un año, ser lo más malo y pernicioso posible; pero en Setiembre se abstenía de libaciones y otras cosas, para hacer zapatos de una manera infatigable.

El producto de estos desvelos, en nada mejoraba su posición ni le proporcionaba en manera alguna comodidad para los meses subsecuentes.

Muy al contrario, Antonio, en los días de la octava, empeñaba la herramienta y la camisa, hasta que algún compadre lo habilitaba de nueva cuen-

ta para anudar de nuevo el hilo de sus costumbres.

En la octava, Antonio estaba pobre, pero tranquilo, y se entretenía en contar á sus amigos que el producto de su trabajo lo había repartido de este modo:

Primero; había dado limosna al convento antes de la función; después había dado limosna para las misas que se dicen todos los días de la novena, por intención de los que dan su limosna; había contribuído para los fuegos artificiales, y después para dos *toritos* que se quemaron en su calle; había comprado flores y obleas arrojadizas el día de la procesión, había consumido una gran cantidad de golosinas las noches de las luces hasta lograr enfermarse, y el resto de sus ahorros, finalmente, lo había empleado en pulque.

Durante nueve años Antonio había

hecho lo mismo invariablemente y tenía veinticinco.

Matiana, que como hemos dicho, es una muger fresca, obesa y magnífica cocinera, se propone hacer un bonito negocio (que efectivamente hacía) tomando en arrendamiento una accesoría y estableciendo una fonda que duraba abierta el mes de las fiestas.

Vicenta hace buñuelos, para lo que según la fama, Dios le dió gracia especial, pues no es más fino el cambray batista ni la gasa de Italia que los aéreos buñuelos de las bonitas manos de Vicenta.

Susana la hermana de Vicenta, que no la casta, hace unos tamales de chuparse los dedos.

Y Matiana, Vicenta y Susana, contribuyen con fé ardiente y zelo religioso al culto, con el producto de sus industrias respectivas.

UNIVERSIDAD DE MENDOZA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1955

36206

Hacen todos los días sus cuentas, y convienen en que nueve días del novenario y ocho de la octava, son diez y siete, de tanto trabajo como lucro, y de tanta animación como alegría.

Los chicos sueñan con los *castillos*, con los *toritos*, con los *cohetes corridos*, con la procesión, con los títeres y con todo un complicado y largo programa de diversiones.

Las muchachas preparan, confeccionan ó desempeñan sus enaguas y rebozos de lujo, y ya en los días más próximos al día grande, quiere decir, al 24, las hijas de Matiana son verdaderos tipos de limpieza y donaire con sus enaguas de cástor ó de mascadas y sus zapatitos de raso de color, que no hay más que pedir.

Ya en esos días han logrado atraerse las largas miradas de algún calaverón que dá en pasar por allí, ya han

hecho pensar en muchas cosas subversivas á los gachupines de la tienda de la esquina, que las camelan con nuevo ímpetu en el novenario; porque entonces todo sube de punto, hasta el amor; y ya en fin han recibido serias reconvenciones del novio oficial, por la inusitada compostura que está siendo causa de más de cuatro cosas.

Matiana, aumenta el número de comensales solo al incitante olor del pipian succulento y del nacional mole de guajolote.

Matiana, nutriéndose por absorción durante un mes, se elabora felizmente á sí misma algunos centímetros cúbicos de humanidad, y toda ella respira bienestar y dicha á todas horas.

Algunas familias acomodadas del vecindario, no vacilan en concurrir una que otra noche á la fonda de Matiana, como por vía de calaverada, y otras

consumen desde su casa las incitantes enchiladas, el *siambre* y el *pipián*, que gozan de una reputación tradicional.



### CAPÍTULO III.

Sigue la colecta en la casa de Don Pedro María.

Los padres mercenarios acaban de subir las escaleras de la casa de D. Pedro María.

La portera los dejó subir, registrando su bolsa para darles al bajar.

La recamarera, muchachuela alegre y franca, corrió á avisar y enseguida invitó á los padres á pasar á la sala.

La señora de la casa era una señora muy amable, de *muy buen humor*, vecina vieja del barrio, piadosa, arreglada y buena.